


NOTAS E INFORMACIÓN

View metadata, citation and similar papers at core.ac.uk

brought to you by  CORE

provide

EL PAPIRO DE ARTEMIDORO: DOS VISIONES ENFRENTADAS

Debido al gran interés que ha despertado por múltiples razones la reciente aparición del singular «Papiro de Artemidoro», adquirido recientemente por el Museo Egipcio de Turín, esta revista ha decidido publicar, de modo excepcional, dos extensas reseñas críticas que abordan las últimas novedades procedentes de cada una de las dos corrientes enfrentadas en el estudio de este documento. Por un lado, los profesores J. A. Fernández Delgado y Francisca Pordomingo hacen una presentación detallada de la edición oficial del papiro a cargo de C. Gallazzi, B. Kramer y S. Settis. Por otra parte, la profesora E. Gangutia analiza los argumentos esgrimidos en sendos volúmenes por un grupo de estudiosos encabezados por L. Canfora en contra de la autenticidad del papiro.

1. *Presentación de la edición oficial*

GALLAZZI, CLAUDIO, KRAMER, BÄRBEL Y SETTIS, SALVATORE (eds.), *Il Papiro di Artemidoro (P. Artemid.)*, Milán, LED, 2008, 630 pp. + 1 carpeta (1 cuaderno [XL p.] + 4 láms. pleg. + 1 DVD)

Editada a todo lujo por la Fondazione per l'Arte della Compagnia di San Paolo, mecenas del Museo Egipcio de Turín, que adquirió el papiro en 2004 y que no hace mucho editara ya con similares características el Papiro de Posidipo, acaba de ver la luz esta impresionante obra en un volumen de 630 páginas de texto con formato 24 x 34,5 cm, más otro de imágenes, unas cuarenta, y dos facsímiles (uno a luz blanca y otro a infrarrojos) de 264 x 34,5 cm de tamaño, más un DVD, cuya repercusión en su ámbito, no sólo por la polémica generada acerca de la autenticidad del papiro, está llamada a ser no menor que la del otro papiro mencionado. En este mismo sentido se pronuncian los autores en una *Premessa* dedicada a señalar los variados tipos de cuestiones, filológicas, iconográficas, topográficas, zoológicas, a las que han debido enfrentarse desde la noticia del papiro en *APF* de 1998 y que, en parte, explican la dilatación del proceso de edición, así como a dar las gracias a los numerosos estudiosos que les han prestado ayuda en los diversos campos, aparte de los tres que figuran como colaboradores de la edición.

Tras una página de advertencias de tipo editorial y una variada y exhaustiva lista bibliográfica próxima a mil títulos, con sus cómodas abreviaturas, sobre los diversos aspectos del papiro, incluida la bibliografía pertinente sobre la Península Ibérica, el contenido del volumen teórico se distribuye en seis capítulos y se cierra con unos útiles índices de *lemmata* del texto griego correspondientes a los nombres propios, general de palabras y numerales, y de los términos que acompañan a las ilustraciones del *uerso* del papiro, y con una relación de cincuenta y siete referencias de fotografías que acompañan a los dibujos del *uerso* y a algunos de los del *recto*. Los seis capítulos tratan respectivamente del rollo de papiro, el texto de Artemidoro, el mapa, los dibujos del *uerso*, los dibujos del *recto* y la contribución del papiro a la historia del arte antiguo, anunciándose desde ya este componente como un aspecto tanto y más importante que el de su contenido geográfico, desde el momento en que el espacio dedicado a los tres últimos capítulos es bastante más que el dedicado al segundo y el tercero.

El capítulo I comienza resumiendo la historia del hallazgo desde que en los años noventa los editores Gallazzi y Kramer vieron por primera vez el amasijo de *papier mâché* en que se hallaba mezclado con otros veinticinco fragmentos (todos ellos documentos de la segunda mitad del siglo I d. C. relativos a ciudadanos de Alejandría, lo cual hace suponer el mismo origen para el *P. Artemid.*); en 1998 fueron autorizados a examinarlo en tres apretados días y a aprontar una recomposición sumaria del rollo y su contenido y una primera transcripción del texto que publicaron en *APF* 44 (1998), hasta que en 2003, por intervención del Ministerio de Bienes Culturales de Italia, la Fondazione per l'Arte compró el papiro en 2.750.000 euros para su exposición permanente en el Museo Egipcio de Turín, previa restauración y estudio en el laboratorio de papirología de la Universidad de Milán y una exposición abierta al público en el Museo, en 2006, que en sus tres meses fue visitada por más de 50.000 personas, incluido el Presidente de la República.

Una significativa relación de los cincuenta y cinco trabajos dedicados al papiro desde la edición pionera, incluidos dos libros a cargo de L. Canfora, termina resumiendo sus centros de atención: las características bibliológicas, el mapa, el texto y su contribución al conocimiento de Hispania o la contribución del papiro a la historia del arte antiguo, pero sobre todo las dudas suscitadas acerca de su autenticidad por un grupo de especialistas, con el Prof. Canfora a la cabeza, el cual, sin haber visto y examinado la escritura y el contenido, que incluyen algún signo y algún nombre no conocidos hasta época tardía, considera el papiro una falsificación decimonónica.

Una vez reunidos los alrededor de cincuenta fragmentos de rollo identificados por la escritura o por los dibujos, se han obtenido tres trozos (*a*, *b* y *c*), de los cuales los dos mayores (*a* y sobre todo *c*) contienen en el *recto*, el uno dos dibujos y tres columnas más o menos incompletas de escritura, el otro una amplia porción de un mapa, dos columnas de texto casi completas y más de veinte dibujos de pies, manos

y cabezas; en el *uerso*, más de cuarenta figuras de animales, en general aislados, en algunos casos en grupos de dos o de tres, y acompañados de su nombre. De lo que aparece en el *recto* o en el *uerso* hay además improntas en la cara opuesta, sin duda por haber estado el rollo expuesto a la humedad, las cuales se han revelado muy útiles para la obtención de cálculos, para la recuperación de partes perdidas y para la atribución y colocación de las partes del *volumen* (de las cuales *b* y *c* eran adyacentes y la pertenencia de *a* al mismo rollo parece probada por la forma del soporte, el tipo de escritura, los dibujos y las improntas, las cuales confirman además que *a*, que contiene un proemio, estaba situada al comienzo del rollo).

A juzgar por las medidas de cada folio antes de su *kollesis* en forma de rollo se deduce que su altura (34,5 cm) probablemente obedecía a la necesidad de insertar mapa entre las columnas del texto; en cuanto a su longitud, del extremo final se puede asegurar que al menos contenía un *kollema* más de los conservados, por el extremo inicial se puede deducir que las tres columnas de *a* constituían el comienzo del rollo, el cual iba precedido de un *agraphon* y a su izquierda un perdido *protokollon* de dimensiones no precisables. El análisis del rollo con el método del C¹⁴ ha permitido fechar el corte de la planta de papiro de procedencia entre el 40 a. C. y el 130 d. C. (y entre el 15 y el 85 d. C. con una fiabilidad del 68%), lo cual no se opone a la información obtenida del análisis paleográfico y de los datos proporcionados por documentos contenidos con el rollo en el amasijo de *papier mâché*: la paleografía de las cinco columnas de escritura conservadas revela que el texto de Artemidoro fue copiado al comienzo del siglo I d. C.; casi al mismo tiempo se comienza a trazar el mapa y no mucho después, los dibujos del *uerso* a juzgar por la escritura de sus *didaskaliai*. Más difícil es determinar cuándo fueron realizados los ejercicios de copia de las partes del *recto* dejadas en blanco, si bien es seguro que son posteriores a los dibujos del *uerso* y que, en todo caso, a finales del siglo I el rollo había perdido ya su función. Con respecto al tipo de tinta utilizada, los análisis físico-químicos llevados a cabo en diversos centros y con sofisticados métodos parecen confirmar la impresión obtenida del examen autóptico del papiro: que tanto para el texto como para el mapa y los dibujos se ha utilizado el mismo tipo de tinta carbonosa, la habitual en Egipto, y no metálica, que en los dibujos varía del negro de las otras dos secciones a dos tonos de gris por su disolución en agua.

Por lo que se refiere al variopinto e inquietante contenido del rollo, sin parangón entre los abundantes papiros que contienen texto y dibujo, entre las diversas hipótesis manejadas los editores suponen que un primer copista habría escrito, dejando un espacio inicial en blanco, las tres primeras columnas más las otras dos que siguen al mapa del comienzo del libro II, relativo a Hispania, de los *Geographoúmena* de Artemidoro de Éfeso y habría pasado el rollo a un taller de dibujo para que fuera introducido el mapa en el hueco dejado en el texto, el cual por alguna razón no llegó a ser completado; algún tiempo después los dibujantes del taller aprovecharon el

rollo inacabado para dibujar en el *uerso* y en el blanco inicial del *recto* una serie de animales, modelo tal vez para la realización de mosaicos o frescos, para la ilustración de un tratado, etc., y otros aprovecharon la porción no escrita del *recto* para el diseño de detalles anatómicos como bocetos de obras de arte.

En el capítulo II, la edición bifronte «diplomática» y «literaria» del texto de Artemidoro acompañada del aparato crítico y de un amplio comentario paleográfico a pie de página, y seguida de la traducción y de un detallado comentario, son precedidos por ilustrativos parágrafos acerca de la vida de Artemidoro, su obra, sus fuentes sobre la Península Ibérica, el texto del rollo, el *stadiasmós* de la Península y la lengua y estilo del texto, y éstos por otros más breves sobre la escritura del texto, abreviaturas, correcciones y signos de puntuación, ortografía y atribución del texto e identificación de la obra.

De las cinco columnas de escritura conservadas, la primera consta de cuarenta y cuatro líneas de 10,5 cm de ancho máximo; la segunda, de cuarenta y tres un centímetro menos anchas, y la tercera se reduce a unas pocas letras, aunque por las improntas del *uerso* se deduce que no era más amplia que la columna segunda; la cuarta columna consta de treinta y ocho líneas dos o tres centímetros más anchas y la quinta, de cuarenta y cinco líneas otros tres centímetros más anchas y que se van ensanchando hasta 18,5 cm., al tiempo que se estrechan las interlíneas y disminuye el tamaño de las letras, discrepancias que los editores no imputan a negligencia del escriba sino, por el contrario, al intento de obtener una cierta regularidad en la particular articulación del rollo; lo cual les lleva a pensar que el copista tenía ante sí un *antigraphon* con el texto probablemente ya dividido en secciones e ilustrado con mapas.

La escritura presenta una grafía informal que ha sido clasificada en el estilo *P.Lond.Lit.* 144 de Cavallo, en vigor desde finales del siglo II a. C. hasta los decenios centrales del siglo I d. C. La notación de los números es peculiar, portando todos encima un trazo horizontal y no sólo los ordinales como es habitual, y las unidades de millar siendo representadas no por medio de la unidad con coma suprascrita, como de costumbre, sino mediante *sampi* coronada por una unidad multiplicadora, lo cual es atribuido a influencia jonia, ya sea en el *antigraphon*, ya sea en la copia. La única abreviatura es la de *stád(ioi)* y las correcciones también son pocas (y debidas al copista). Signos de puntuación no hay más que *stigmaí*, concentradas en la mitad inferior de la col. V, ll. 20-44, que contiene el *stadiasmós* de la Península, y cuya función se supone que es la de aislar las cifras, hábito no propio de Egipto y por tanto atribuible una vez más a la existencia de un *antigraphon* foráneo. En cuanto a la ortografía, la iota muda no es generalmente notada, mas que en algunos casos, en parte erróneos, de iota adscrita; hay algunas lecturas itacistas, *correptio* constante de omega en ómicron en γεογραφ-ία/-ος, unos pocos cambios entre vocales y diptongos y escasas irregularidades en el tratamiento de las consonantes. Una vez identificado

el texto como una obra geográfica en virtud del contenido del proemio, que se refiere a la labor del geógrafo, y de las dos primeras columnas, que inician una descripción de la Península Ibérica, algunos indicios han permitido situar su composición entre el 137 a. C. y el 27 a. C. y, de los geógrafos de este período que se ocuparon del tema, atribuirlo a Artemidoro de Éfeso, concretamente al comienzo de su libro II, en virtud de una cita explícita de Constantino Porfirógéneto y otra tácita de Marciano.

De lo poco que se sabe de la vida de Artemidoro y de aquellos datos que guardan relación con el texto, los editores empiezan por señalar la dificultad de distinguir muchas veces entre la atribución de citas a este Artemidoro o al efesio del siglo II autor de unos *Onirocrítica*. No obstante, el papiro permite revisar la cronología hasta ahora propuesta, la cual atribuye sus acciones más relevantes a los años comprendidos entre el 104 y el 101 a. C., que fueron también los años más movidos de la nueva Éfeso, metrópoli de la provincia romana de Asia. Según los editores, su embajada a Roma, y la estatua de oro en el *Artemision* con que sus conciudadanos premiaron su gestión, tuvo lugar unos veinte años antes de la fecha propuesta, cuando Artemidoro tendría unos treinta. Entre los diversos viajes de exploración científica que debió de llevar a cabo a lo largo del Mediterráneo, se supone que el más extraordinario fue el realizado hasta las Columnas de Hércules y luego el Océano, un territorio apenas explorado en su época. Por lo que se refiere al momento de la expedición, el nuevo texto proporciona los siguientes indicios: Artemidoro no pudo saber del río *Obleuion* (V 40-42) hasta después del 137 a. C., en que éste se hizo conocido con motivo de las campañas romanas contra los *Gallaeci*, y no menciona el *monumentum Caepionis* elevado en la desembocadura del Betis en torno al 108 a. C., con lo cual su periplo debió de realizarse entre estas dos fechas. Con respecto a un segundo interrogante, el de hasta dónde llegó la expedición, las precisas medidas del papiro de las distancias entre el *Sacrum Promunturium* (Cabo San Vicente) y las desembocaduras del Tajo, Duero, Limia, *Baenis* (Miño) hasta el *Megas Limen* (Gran Puerto de A Coruña) inducen a pensar en un examen autóptico. Además de viajar al extremo occidente y de residir un tiempo en Roma, Artemidoro residió también en Egipto, aunque no tanto tiempo como para haber compuesto su obra en Alejandría como suele suponerse, sino que ésta debió de ser compuesta en su Éfeso natal, no lejos de la biblioteca de Pérgamo, área a la que apunta la procedencia de su posible *antígraphon*, cuyo original, suponen los editores, posiblemente fue publicado entre los años 104 y 101, en los que la noticia de Marciano sitúa el *floruit* de Artemidoro.

Según las noticias de las fuentes, Artemidoro compuso dos obras, una descripción general de la Tierra en once libros y un tratado sobre Jonia del cual no nos ha llegado nada. De la primera, hasta ahora no teníamos más que citas indirectas (reunidas por Stiehle), más dos posibles pasajes transmitidos en papiro; y el *P. Artemid.* viene a dar la razón a Stiehle frente a otros estudiosos en su reconstrucción del contenido de los XI libros de la obra, de los cuales el I contendría la introducción general, el

II trataría de Hispania y Lusitania, y el III de la Galia, constituyendo el conjunto el primer tratado de toda la ecúmene conocida del que tenemos noticia y fuente de muchos autores posteriores, empezando por Estrabón, que apreciaban sobre todo la fiabilidad de sus datos y medidas, en particular el geógrafo Marciano de Heraclea (de entre 400-530 d. C.), autor de un epítome de la *Geographia* del que nos han llegado veintidós fragmentos. De aquellos pasajes de Estrabón en que éste presenta a Artemidoro en discusión con otras fuentes, los editores obtienen al menos la siguiente relación de éstas para la elaboración del libro sobre la Península Ibérica: Éforo, Piteas de Marsella, Eratóstenes y Polibio, a los cuales habría que añadir las noticias contenidas en el Pseudo-Escílax, en la *Periégesis* de Hecateo y eventualmente en el periplo masaliota supuesta fuente de Avieno, así como algunas otras en relación con la costa atlántica, más la indagación autóptica.

Del texto del rollo las cols. I-III tratan de los métodos del geógrafo en relación con los del filósofo, de cuya égida, por primera vez que se sepa, reivindicaban su propia autonomía, siguiendo la tendencia a la especialización de la ciencia helenística; y según los editores constituyen el proemio no a la obra entera, lo cual implicaría un hiato difícil de explicar con respecto a las cols. IV-V, que contienen el comienzo del libro segundo, sino el proemio a este solo libro, siguiendo un modelo compositivo de proemios internos conocido ya desde Éforo y Agatárquides y luego en Diodoro, Estrabón y Ptolomeo, mientras que el libro I, no recogido en el rollo, se supone que trazaba un panorama general del mundo conocido. Las cols. IV-V contienen, aunque sumaria, la más antigua descripción conocida de la Península Ibérica, comenzando por la referencia a su división administrativa, ilustrando brevemente la morfología del territorio y sus límites y procediendo luego a la mención de los puntos relevantes del litoral (muchos de ellos, como el propio nombre de *Hispania*, mencionados aquí por primera vez) y sus distancias (*stadiasmós*), desde el extremo oriental de los Pirineos hasta la bahía de la actual A Coruña.

Sobre la lengua y estilo del texto, los editores ponen de relieve el tremendo contraste entre la prosa funcional de las cols. IV-V —puramente descriptivas de las partes y límites de Iberia y de la seca mensura de las sucesivas secciones de su costa— y las cols. I-II más las escasas palabras conservadas de la III —con su pretenciosa introducción sobre el sublime oficio del geógrafo en comparación con el del filósofo, en un tono tan ampuloso que raya en lo ridículo—. La lengua es en ambos casos *koiné* tardo-helenística, con ciertos significativos términos, jónicos o no, condenados por los aticistas y cargada de metáforas en frases asindéticas al margen del estilo periódico *mén-dé* en la sección proemial, al contrario de lo que ocurre en la parte descriptiva (cols. IV-V). La traducción es ajustada y da perfecta cuenta de los dos registros de estilo tan diferentes, el del proemio, mucho más elevado y farragoso, sintácticamente enrevesado y abstracto, y el del lineal y equilibrado periplo.

El comentario de la parte proemial atiende a los diversos tópicos, a la imaginaria expresiva y a sus aspectos lingüístico-estilísticos, ilustrando la práctica totalidad de sus expresiones, giros y términos desde el punto de vista léxico-conceptual y estilístico-sintáctico, con *loci similes* de autores genérica y temporalmente afines cuando se trata de primeros testimonios. Si bien el texto conservado de las cols. IV-V no es mucho más largo que el de las cols. I-III, el comentario, al tratarse de la descripción geográfica e incluir cantidad de topónimos cargados de historia, ocupa una extensión incomparablemente más larga. La mayor parte de los puntos tratados son seguidos además por una muy útil y generalmente doble ficha o relación de testimonios y/o bibliografía sobre el tema. Una especial atención es prestada a determinados pasajes, como por ejemplo IV 24-29, que se refiere a la orientación claramente norte-sur de los Pirineos, extraña pero compartida por muchos autores antiguos, IV 36-37 sobre la ubicación de las Columnas de Hércules, V 12-13 sobre la del «Golfo Galático», V 17-18 sobre la del santuario de Afrodita Pirenaica o la de Ampurias (ambos topónimos mencionados por primera vez en el papiro) hasta la de *Hierá Akrá* (Cabo San Vicente), la del río *Obleuion* (Limia), el *Baenis/Minios* (Miño) o el cabo de los Artabros (Tourañán) entre otros varios puntos (algunos de ellos, como los dos últimos, primeros y/o únicos testimonios, y otros, como el ilocalizable *Kilibe*, objeto además de ardua discusión lingüística).

El capítulo III, dedicado al mapa, cuyo tratamiento los editores presentan como base de estudio abierto a ulteriores profundizaciones de los especialistas, aborda éste en el marco del material geográfico antiguo y en lo que respecta al método seguido por su dibujante, el significado de sus viñetas y sus líneas, su orientación, su verdadero contenido y su origen, comenzando por referir su ubicación en el rollo de papiro, que permite atribuirle una extensión originaria de al menos 1 m, habiendo sido copiado, siguiendo la práctica habitual, en el hueco dejado entre ambas secciones de escritura y por alguien distinto del copista, como demuestra el hecho de que éstas han sido completadas y el mapa no. Representa una región atravesada por ríos, vías, cordilleras y salpicada de ciudades, pequeños asentamientos y monumentos, sin que se pueda establecer una escala de proporciones y distancias, como es habitual en la cartografía del mundo greco-romano, aun cuando de ésta perviven solamente dos originales, de finalidad más decorativa que científica, aparte de la parcial afinidad que puedan ofrecer ciertos mapas medievales remontables a modelos antiguos. Llamen particularmente la atención las numerosas líneas, sobre todo horizontales, que atraviesan el mapa, de las cuales unas han sido interpretadas como ríos, otras, como vías terrestres. Dada la falta de orientación y de la menor indicación toponímica, acerca del contenido del mapa, sin duda su aspecto más problemático, los editores se limitan a lanzar una serie de propuestas —un mapa universal, un mapa nacional o un mapa regional— partiendo del supuesto de que el rollo de papiro debía de aspirar a ser una edición ilustrada de la *Geografía* de

Artemidoro. La primera hipótesis es excluida no sólo por el aspecto del mapa, sino porque el libro II de Artemidoro, cuyo comienzo recoge el papiro, trata de la Península Ibérica y no de la ecúmene. Por muy distorsionado y más decorativo que científico que quepa suponer el mapa, hemos de reconocer que los cuidados y elaborados argumentos para avalar las hipótesis alternativas de que éste represente, bien la Hispania Citerior en la región de los Pirineos y el Valle del Ebro, tal vez incluida la zona de Numancia con el comienzo del Duero, bien la Hispania Ulterior, con la Sierra Morena y la cuenca del Betis, desde *Castulo* hasta la actual Isla de San Fernando, o tal vez incluido el Guadalete, más alguna otra posibilidad, no consiguen persuadirnos. En cuanto a su origen, se piensa en la posibilidad de que el mapa haya sido actualizado con elementos posteriores al 49 a. C. a partir de un supuesto original del autor del tratado, aunque no puede excluirse que proceda de un ejemplar posterior al geógrafo. Restos de escritura situados en el margen inferior izquierdo del mapa, y de una mano diferente a la del texto del papiro y a la de las didascalias de los dibujos, han sido identificados con cifras e interpretados diversa y poco convincentemente (prestación profesional, fechas, superficie de los mapas previstos, distancia entre localidades...).

Justamente la segunda mitad del volumen de texto (además de la casi totalidad del volumen de imágenes) está dedicada a ese otro componente sin par del papiro que es la espléndida serie de dibujos, de los cuales no se sabe qué admirar más, si los efectistas dibujos animalescos del *uerso* o los grandiosos dibujos de anatomía heroica del *recto*. Una y otra sección son tratadas por este orden en el marco de la comparación con otro material ilustrativo, el cual para los detalles anatómicos es naturalmente mucho más amplio y por eso mismo menos fácil de localizar.

De los dibujos de animales (cuarenta y uno) unos son de animales aislados (comunes, exóticos, míticos o fantásticos) y otros composiciones más elaboradas (parejas de animales yuxtapuestos o luchando, grupos de tres), unos y otros con un intento de encuadramiento del espacio circundante y acompañados de su nombre en griego. Entre dos de los dibujos hay una nota, escrita por la misma mano, con una grafía informal a medio camino entre la librería y la documental, que clasifica «los animales que habitan el océano, los voladores, los terrestres y los monstruos marinos», de acuerdo con las clases representadas y con la distinción aristotélica al respecto. El tipo de letra es comparado al de ciertos papiros literarios y documentales de fines del siglo I a. C. y comienzos del siglo I d. C., con lo cual no habrá pasado mucho tiempo entre la copia de estos rútilos y la del texto del *recto*, y se supone que la mano de los primeros es la misma del dibujante, supuestamente un experto y no un aprendiz del *atelier*, a pesar de ciertas discordancias en la realización y en la calidad técnica de los dibujos. Descartadas las hipótesis para modelos de mosaico o pintura, material ilustrativo de tratados, conexión con el texto del *recto*, interpretación cosmológica o ejercicios de aprendizaje, se supone como su función más probable la de un repertorio o

«bestiario» para uso del taller en la realización de cartones o dibujos a escala, como en el caso de ciertos mosaicos pompeyanos. En cuanto al origen de la colección —tan única en su testimonio como en muchos de los animales representados, de cada uno de cuyos ejemplares sigue una depurada reproducción del dibujo acompañada de su estudio detallado y la mención de paralelos iconográficos— se especula en parte con un similar prontuario en papiro, en parte con descripciones literarias o anécdotas paradoxográficas y en parte con el conocimiento de algunos de los animales con un grado mayor o menor de innovación.

Los cien folios largos escritos por G. Adornato sobre los veinticinco elaborados dibujos de elementos anatómicos de la figura humana (cabezas, manos y pies), contenidos en el *agraphon* destinado al segundo mapa y en la extremidad derecha del *recto* e ilustrados con bien seleccionados paralelos, comienzan refiriéndose a esta tercera utilización del rollo, a saber, en este caso verdaderos ejercicios de aprendizaje en el seno del taller a juzgar por ciertos datos técnicos, por las diferencias de calidad y por la reiteración de los modelos, de origen tridimensional y algunos realizados en momentos distintos. En un ponderado y laborioso análisis de los dibujos hipotetiza sobre: la ejecución y fases del trabajo a partir de factores técnicos, gráficos y estilísticos, el cual comenzaría por el dibujo de pies y manos en el segundo espacio vacío del rollo, para pasar luego a las cabezas del extremo derecho de ese espacio y de ahí a las dos del *agraphon* inicial; nociones técnicas e instrumentación: definición del contorno y tipos de sombreado, cálamo y tinta, con testimonios sin par en el mundo antiguo y que inducen a distinguir dos manos distintas y dos variantes de la segunda; modelos y calcos, cuyo análisis lleva a pensar en calcos en yeso, a partir de originales en bronce o mármol.

Digno colofón a esta magna obra —por cuya producción no podemos menos de felicitar sinceramente a todos los que en ella han intervenido— es puesto por el ensayo de S. Settis, del cual una versión aligerada acompañó a la exposición del papiro celebrada en Turín en 2006, sobre la contribución de éste a la historia del arte antiguo, en el marco del conjunto de los papiros ilustrados y su clasificación científico-didáctica, literaria o documental, y la bibliografía correspondiente. De entre los aproximadamente cuatrocientos papiros ilustrados conocidos, y en particular de entre aquellos que contienen dibujos con un mínimo de aspiraciones artísticas, se ha observado cómo los dibujos de taller, y sobre todo los de taller de tejido, son mucho más numerosos que los de ilustración librería, y también que los dibujos de animales y de figuras (en particular el rostro humano) estaban entre las tipologías más frecuentes, contrastando el papel central del dibujo en la práctica artística antigua con su casi total desaparición en soporte móvil. Los restos de dibujo en papiro, con la nueva adición de *P. Artemid.*, son finalmente juzgados en el marco general del importante papel desempeñado por el dibujo —en sus diferentes usos, esbozo, trazado, diseño tonal y en contraposición al empleo del color— en el arte antiguo

a juzgar principalmente por los testimonios de las fuentes: práctica muy difundida en los talleres de los pintores antiguos y transmitida del maestro a los alumnos, se puede especular, por un lado, con el uso de patrones (que explican la difusión de los mismos esquemas iconográficos por todo el Mediterráneo), por otro, con una amplia circulación de dibujos «de proyecto» para ser transferidos a paredes o a tabla. A su valoración ha contribuido de manera decisiva el nuevo hallazgo, el cual, como se pone de manifiesto en los apartados correspondientes del abarcador estudio, supera con mucho los anteriores testimonios en cantidad, en extensión y en diversificación temática.

Aparte de la reticencia mostrada en relación con el referente del mapa, sólo otras dos objeciones podemos aducir: la traducción de IV 32 «Stabilito questo, bisogna considerare i tre lati del territorio che delimitano l'Iberia», a la cual nos parece preferible «Sobre esta base, hay que pensar que tres son los lados del territorio...» (τρεῖς ... πλευρὰς sin art.: lo cual no quiere decir que Artemidoro conciba la Península de forma triangular, ya que a estos tres lados hay que añadir los Pirineos, ya mencionados, y el lado norte, no explorado); la omisión, en la bibliografía sobre papiros ilustrados, del excelente trabajo de A. Stramaglia, «Il fumetto e le sue potenzialità mediatiche nel mondo greco-latino», en J. A. Fernández Delgado, F. Pordomingo y A. Stramaglia (eds.), *Escuela y literatura en Grecia Antigua*, Università di Cassino, 2007, pp. 577-643, probablemente no conocido a tiempo de ser incluido. Otros fallos observados son erratas: p. 107 *la sua* la *patria*, p. 107 n. 74 Γεωγραφόμενα, p. 112 *IV sec. d. C.* (Éforo), el griego y su acentuación en las páginas 112 (πρὸς ὄν... εἶναι), 119 n. 120 (σταδιασμος), 120 n. 123 τας, 123 (διακοσνους), 127 (σταδίου/ς), 130 Ὀλιοσπωνα, 131 n. 139 Ἰσπανναν ... ἐκβολας, 133 ὄΙεροῦ, 138 ἐστῖν, 147 δε, 199 Ιουδα, 203 ἄ[v] βούλωνται, 215 ἐκφερεσθα; p. 114 n. 125 Gärtner, *Proimion* no aparece en la lista bibliográfica, en la que hay también algunas otras erratas (*historico-liter.* en Blázquez Martínez, «Cástulo»; *fuentes clásicas*, en Caro Bellido, *Lebrija; Catalogo* (bis), en Casariego *et al.*; *apuntes sobre*, en Parodi Alvarez; Kramer «The Earliest...» y Soldati en orden trastocado), siendo la más llamativa la confusión constante z/s en las numerosas entradas de Blázquez, y también en p. 304 n. 87; 123 *Ca<r>thago*; 198 In Aristot. (no cursiva); 208 in [cfr.] Schwyzer; 219 *provini-ca*; o bien fallos en la difícil acentuación del español: p. 104 y 133 Touriñan, 233 Fuenterrabia, 250 Analcazar y Sanlucar, 251 y 304 n. 83 Malaga, 304 y 335 n. 49 Cordoba, 335 n. 48 Merida; errores que apenas consiguen ensombrecer la esmerada pulcritud de la presentación, al tiempo que admira que sean tan pocos en un trabajo tan delicado y difícil de editar como es éste.

J. A. FERNÁNDEZ DELGADO Y FRANCISCA PORDOMINGO
Universidad de Salamanca

2. La hipótesis de L. Canfora: ¿un falso?

CANFORA, LUCIANO, *The True History of the So-called Artemidorus Papyrus, with an interim text*, Bari, Edizioni di Pagina, 2007, 199 pp.; CANFORA, LUCIANO, *Il papiro di Artemidoro*, Bari, Laterza, 2008, 523 pp. (con contribuciones de Luciano Bossina, Livia Capponi, Giuseppe Carlucci, Vanna Maraglino, Stefano Micunco, Rosa Otranto y Claudio Schiano).

Al final de los años noventa es presentado por C. Gallazzi y B. Kramer en *APF* 44, 1998-1999, pp. 189-208, el extraordinario ejemplar de un gran papiro (en adelante P) con texto, mapa y dibujos del que se hace inmediatamente eco el mundo científico y muy especialmente el mediático. Basándonos en textos parciales ofrecidos por los editores en publicaciones escritas y electrónicas, también en conferencias, muchos nos aventuramos a establecer conexiones y a extraer conclusiones, siempre esperando la inminente publicación de una edición crítica. También habíamos mostrado nuestra sorpresa ante ciertos rasgos en los pasajes transmitidos, como las grafías γεογρ- por γεωγρ-, la alternancia Νέα Καρχηδ- / Καινή Καρχηδ- o ante el excesivo tradicionalismo en la asimilación del nombre del río Βλευίων a Όβλευίον y al «río del Olvido» por la Dra. Kramer, sobre todo a partir de su publicación en *Studia Classice* 37-39, 2001-2003, pp. 241-244.

En relación a estos y otros interrogantes hay que decir que para los que no vimos la exposición de Turín (solo conocíamos P en su conjunto por unas fotocopias desplegadas por la Dra. Kramer al final de su conferencia en la Casa de Velázquez), la publicación *Le tre vite del Papiro de Artemidoro*, Milán, 2006, produjo cierta decepción: tras el título, apuntando una vez más al sentido mediático antes mencionado, se exponía una historia demasiado complicada. La ilustración de P a dos planas era demasiado pequeña y partía el texto incómodamente por la mitad; pero, sobre todo, seguía faltando la deseada publicación crítica, con traducción, comentario, etc.

Ante esta situación, era lógica la impaciencia o que surgieran ciertas críticas. Es entonces cuando saca a la luz Luciano Canfora su «Postilla testuale sul nuovo Artemidoro», *QS* 64, 2006, pp. 45-60. Posteriormente ha publicado y sigue publicando profusamente sus opiniones en la prensa, habiendo alcanzado los excesivos dimes y diretes mediáticos proporciones desmesuradas que culminan en la ilustración de la cubierta de *Il papiro di Artemidoro* en la que se reproduce una pintura de Poussin con el título traducido al italiano «Il Tempo sottrae la Verità all'Invidia e alla Discordia».

Canfora es el autor principal de los libros que comentamos (en adelante *The true history* e *Il papiro* respectivamente) y por ello entendemos que las colaboraciones no firmadas son suyas, aunque a veces no es fácil saber dónde empieza un texto de Canfora y el de otro colaborador. Así, el «Appendix I», *The true history*, p. 127 ss.,

es atribuible al editor general, pero no se sabe muy bien cuándo empieza un texto firmado en p. 141 por M. R. Acquafreda; «ΠΡΟΕΚΔΟΣΙΣ», *Il papiro*, pp. 145-155, es forzosamente del editor general, pero en lugar de una «pre-edición» encontramos en principio una traducción italiana de las columnas I y II de P (pp. 147-149), a la que se adapta un aparato crítico y *loci similes* teóricamente correspondientes al texto griego; en p. 150 se editan las columnas IV y V del debatido P, esta vez en griego con su aparato crítico. A continuación, en pp. 153-155 se introducen unas *Note*, de las que una a col. V 9-10 pensamos pertenece al editor general; de las dos siguientes, la primera, firmada por S. Micunco, se refiere a la misma col. V, pero nos obliga a volver a la línea 1; la segunda, de G. Carlucci, trata de aclarar la línea 22, que no aparece editada en la mencionada «ΠΡΟΕΚΔΟΣΙΣ». A estas alturas, aquel a quien como *candido lectori* Canfora dirige su dedicatoria en *Il papiro*, pp. VII-X, se está convirtiendo en sufrido y confuso lector. Hubiera sido muy necesario, en ambas obras, un índice de palabras griegas; también mejorar los existentes en *Il papiro*, tanto el *Indice dei luoghi*, pp. 510-514, como el apartado bibliográfico en pp. 470-494, en el que, por ejemplo, no aparece ninguna obra del autor y editor de los dos libros que reseñamos. Por mor de la comodidad para la lectura preferimos *The true history*, más sucinto, con un intento de abordar el problema editorial de P («An interim text», pp. 191-198) en forma más sólida y apta para servir de referencia respecto a las dos obras.

Canfora, ya desde su citada «Postilla...», ha dedicado en estos dos libros junto con algunos colaboradores arduas páginas a la idea de que P es una falsificación debida a un personaje griego del XIX, Simonidis, de biografía entre la novela bizantina y la picaresca: viajero impenitente, también por Madrid y Tenerife, a principios de los años cincuenta del siglo XIX; encarcelado por falsario, consigue huir; intenta acceder al obispado ortodoxo de Etiopía; desaparece mediante la simulación de su muerte; «resucita» en Rusia; muere en la miseria en Alejandría (ver en *Il papiro*: «Il fantasma di Artemidoro», especialmente p. 49 ss.; «Come lavorava Simonidis», pp. 423-427; Bossina, L., «Geografía e patriotismo neogreco tra Sette e Ottocento», pp. 390 ss., «Sarà Simonidis Artemidoro?», pp. 432-439).

Hay que decir que en este sentido tanto Canfora como sus colaboradores, más cautos que el apasionado editor, nos proveen en estos dos volúmenes de estudios generales indudablemente útiles que tendrán que ser tenidos en cuenta al consultar la edición de Gallazzi, Kramer y Settis. Entre las colaboraciones de *The true history* encontramos estudios fundamentados sobre circunstancias textuales y formales que afectan a la obra que nos ocupa (en *The true history*, «On the history of Artemidorus' text», pp. 3-29; «What the papyrus contain [*sic*] when it was "whole"», pp. 53-57 = *Il papiro*, «Cosa conteneva il Papiro quando era "intero"», pp. 176-179; Otranto, R., «Bibliological observations on the new Artemidorus», *The true history*, pp. 31-51 = «Osservazioni bibliologiche sul nuovo Aretemidoro», *Il papiro...*, pp. 159-175; también en *Il papiro*, «Dramatis Personae», pp. 3-4, «Per la storia del testo

di Artemidoro», pp. 69-86; Schiano, C., «I Geographoumena: struttura e stile», pp. 87-125), que revelan un esfuerzo por deslindar en qué medida lo que nos transmiten las fuentes evidencia cómo pudieron ser eventualmente los textos literales del geógrafo, su peso en Posidonio y Estrabón. Una cuestión a la que Canfora dedica muchas páginas es la de la eventual superposición entre los Epítomes de Menipo y de Artemidoro realizada por Marciano varios siglos más tarde, aunque a veces nos parece que se explica *obscura per obscuriora*.

Es en el denso «Il fantasma di Artemidoro», *Il papiro*, pp. 5-66, donde Canfora prepara las tesis que le llevarán a la hipótesis de que P es una falsificación. En él se elaboran noticias sobre estudiosos y coleccionistas de manuscritos geográficos, como bibliotecarios o, curiosamente, banqueros como Fugger, banquero de Carlos V, o los Zosímadis: de todo ello deduce que desde el siglo XVI Artemidoro ha sido presa de manipuladores y falsarios.

Todo este esfuerzo erudito hace concebir la esperanza de que lo que se ofrece como edición provisional de algunas de las columnas de P desemboque en textos de indiscutible claridad y credibilidad. Sin embargo, si seguimos las dos publicaciones, problemas que aparecen en «An interim text», *The true history*, pp. 191-198, no sólo no se resuelven en «ΠΠΟΕΚΔΟΣΙΣ», *Il papiro*, pp. 145-151, sino que se complican. En la *Avvertenza* a este último se ofrece al lector un *apparato di «loci similes»* que no aumentan sustancialmente lo ofrecido en «An interim text», al que hay que volver si queremos consultar el texto griego de P cols. I y II, porque para esa parte la «ΠΠΟΕΚΔΟΣΙΣ» ofrece, como hemos dicho, sólo una traducción al italiano.

El editor cree decisivos estos *loci similes* aducidos para fundamentar gran parte de los argumentos que alega para demostrar la falsedad de P. Pero hay que decir que son todos prácticamente, digamos, *post quem*, quedando ignorada cualquier tradición anterior a Artemidoro. Nos parece incomprensible que no se haya hecho el intento de estudiar en forma sistemática eventuales *loci similes* y antecedentes del texto papiroce. Por lo tanto, armados de nuestra experiencia lexicográfica hemos esbozado una aproximación somera y someramente expuesta que demuestra que hay datos, en buen número y altamente significativos, que traslucen una importante corriente en la que podría insertarse P.

En el conceptuoso prólogo de P cols. I y II, que, aun a estudiosos convencidos de la autenticidad de las partes geográficas de P, parece difícil de asimilar como artemidóreo, encontramos ya en col. II. 16 escrito γεογραφία por γεωγραφία, que ya nos llamó la atención en la presentación de P por Gallazzi y Kramer en *AFP*. Lamentablemente, la solución aportada para este yerro (en *Il papiro*: Bossina, L. «Artemidoro bizantino. Il proemio al nuovo papiro», pp. 345-347; pero cf. Micunco, S. «Note sugli usi di ΓΕΩΓΡΑΦΙΑ», pp. 126) de que el falsario Simonidis habría escrito γεογραφία partiendo de una errata (dat. γεογράφω) en la edición de [G. Stallbaum], Leipzig, 1825-1826, I 227.10-11 de Eustacio, es inverosímil. En este autor γεωγρ- es mencio-

nado 554 veces (fuente *TLG*), siendo estadísticamente casi imposible que, entre todas ellas, Simonidis, supuestamente gran conocedor de Eustacio, haya ido justo a fijarse en una errata del editor, cuando en textos reconocidamente falsificados por él parece escribir γεωγ- correctamente («El fantasma...», *Il papiro*, p. 52).

Pero entremos ya en cuestiones más de contenido del conceptuoso prólogo. Tanto Canfora (*Il papiro*, «ΠΡΟΕΚΔΟΣΙΣ», pp. 147 ss., «Se la geografía tace», pp. 211-217) como Bossina («Artemidoro bizantino. El proemio del nuovo papiro» y «Pesare l'anima», pp. 319-367) se congratulan del gran número de *loci similes* entresacados de autores bíblicos, patrísticos y bizantinos, entre los que descuella Eustacio, aducidos a P cols. I y II.

Pero Bossina en el citado «Artemidoro bizantino...», pp. 327-328, reconoce, cándidamente, que el primero de los paralelos aducidos de Eustacio al prólogo de P es un texto del filósofo estoico Cleantes (IV/III a. C.), editado por von Arnim como *Stoic.* 1.124-5. Bossina quita importancia al dato, manifestando que el fragmento estoico aparece «solamente» en Eustacio. Pero ello no debe impresionarnos, dada la infinidad de fragmentos de autores griegos antiguos que se encuentran únicamente en escritores tardíos, siendo Eustacio una importantísima caja de resonancia de la literatura anterior y no solamente de la épica, que en principio comenta, sino de la lírica arcaica, el drama, etc. En cualquier caso, es inexcusable que ni en «*Interim text*» ni en «ΠΡΟΕΚΔΟΣΙΣ» se añada junto con otros *loci similes* «Cleanth., *Stoic.* 1.124-5».

El pasaje de Cleantes, autor conocido por su farragosa prosa y religiosidad mítico-filosófica, consiste en una interpretación alegórica del titán Atlante sujetando su φόρτος (término que, frente a lo que se alega en *The true history* e *Il papiro*, es conocido desde Homero; en época próxima a Artemidoro se encuentra p. ej. en Posidonio) como imagen de la ἀκοπίατον ... πρόνοιαν 'la incansable providencia', término este último casi banal en la ideología del estoicismo y sus seguidores, que está también en Polibio y Posidonio, cuasi contemporáneos de Artemidoro y reconocidos seguidores del estoicismo. Por lo que Ἀτλάντειον y ἀκοπίατον φόρτον de P col. I 26, 28 puede ser un digno eco estoico en un texto como el atribuido a Artemidoro. Del adjetivo ἀκοπίατος dice Bossina que es extremadamente «raro». Sin embargo, en *DGE* se registran siete menciones, además de dos formas adverbiales, sin que falten citas de época próxima a Artemidoro, como una de Filodemo y otra epigráfica. Si tenemos en cuenta que casi la mitad del vocabulario griego está formada por términos con dos o tres citas de media, no puede decirse que ἀκοπίατος, con una decena larga, sea una palabra «rara».

Junto a estos términos hay en el prólogo de P otros varios de uso especializado en la filosofía estoica, como por ejemplo δόγματα (líneas 17, 25), que entre sus numerosas citas en autores anteriores tiene un uso técnico filosófico estoico (*DGE* s.v. δόγμα II, 2). Lo mismo puede decirse de θέλησις (II. 6, 34), otro término muy particular,

opuesto a βούλησις en la especulación sobre la volición propia de la filosofía estoica. Palabras como ἐπαγγέλλω, -ομαι (l. 22), ἐπαγγελία (que puede recuperarse en [ἐπα]γγελίαν y en ε[...]αγγελίας de ll. 7 y 43) son términos utilizados en la escuela estoica, con el significado de «enunciar» y «profesar», encontrándose también en Polibio. El verbo ἀπλόομαι (l. 39) reaparece en un autor de «literatura de periplos», Dionisio Periegeta 235, quien invoca en una ocasión (D.P. 62) a las Musas plurales de P col. I 43, de las que reniega Canfora, y a las que se encomienda Hesíodo desde las primeras líneas de su *Teogonía*. Por cierto, nos gustaría saber quién es el que, mantenido en el anonimato por Canfora, ante la frase ἀπλοῦται γὰρ ὁ ἄνθρωπος τῷ κόσμῳ de líneas 39-40, exclamó *Ma questo è Posidonio!* («Il fantasma...»), *Il papiro*, pp. 46-47).

Siguiendo la pista a precedentes no forzosamente estoicos, hay que decir que ταλαντεύω (l. 4) es conocido desde Aristóteles con usos concretos y figurados; es absurdo asimismo adscribir a ἄγρυπνον (l. 35) como paralelo solamente αὔπνον en Eustacio, cuando en *DGE* tiene más de veinticinco citas, siendo utilizado desde la lírica arcaica (Íbico); βασιτάζω (ll. 19, 27) tiene más de cincuenta citas en *DGE* s.v., pero queremos llamar la atención sobre su distribución: en el primer apartado, ya desde Homero, se advierte la larga integración de este verbo en contextos referentes a las armas, teniendo la frase ὄπλα βασιτάζειν de la línea 19 de P un exacto paralelo en el *Epitrepontes* de Menandro 324, drama bien conocido sólo a partir del siglo XX. Pasando a la columna II, κύτος (l. 5) está testimoniado con varios usos desde Homero, pero con cierto sentido «geográfico» de superficie delimitada sobre la que el geógrafo aplica su estudio, tal como aparece en P, tiene un buen paralelo en Polibio 5.59.8, donde designa la superficie de una ciudad circundada de murallas. Paralelos al adjetivo θεῖος pueden darse por miles antes de época cristiana: aportamos aquí, porque están dentro de la filosofía estoica y remotamente recuerdan el «Prólogo» de P, θειοτέρα ἐπίνοια de Polibio o τὸ λογικὸν τε καὶ θεῖον (τῆς ψυχῆς) de Posidonio *Fr.* 161. Creemos que estos antecedentes y paralelos léxicos revelan que estamos ante un texto que no es originalmente «cristiano» ni «bizantino», sino en gran medida estoico, con fuerte carga religiosa, cuyo léxico se expandirá máximamente en la literatura cristiana.

Podríamos aumentar el número de precedentes y *loci similes*. Pero conviene ocuparnos ya de la col. IV de P, cuya coincidencia con el *Fr.* 21 Stiehle permitió la adscripción a Artemidoro por Gallazzi y Kramer. En sus primeras líneas (3-5) se manifiesta que desde los montes Pirineos hasta los lugares de Cádiz toda la región es llamada Iberia e Hispania συνωνύμως; por el contrario, este pasaje es para Canfora la piedra angular en su teoría del carácter espurio de P.

En varias de las colaboraciones de los dos libros que reseñamos, esforzadamente, aunque en forma más bien reiterativa («The many lives of fr. 21 of Artemidorus», *The true history*, pp. 59-91 = «Le molte vite del Fr. 21 di Artemidoro», *Il papiro*, pp. 221-242; «Why this papyrus cannot be Artemidorus», *The true history*, pp.

93-125 = «Perché quel Papiro non può essere Artemidoro», *Il papiro*, pp. 243-264; también en *The true history*, «Appendix I», p. 136; «Appendix II. How the Constantinian compilers worked», pp. 148-179; «La chiave della falsificazione è nella colonna IV, nella V il disastro», pp. 289-299), supone Canfora que el texto de ese fragmento y, por supuesto, P contienen una visión de Iberia identificada con Hispania y limitada por los Pirineos más conforme con una estructuración administrativa romana que sólo se da en época posterior al *floruit* de Artemidoro. Se basa para ello en principio en Estrabón III 4.19 ss., donde se dice que ὑπὸ μὲν τῶν προτέρων era llamada Iberia la región hasta más allá del Ródano. Canfora («Why this papyrus cannot be Artemidorus», *The true history*, p. 118 ss. = «Perché quel Papiro non può essere Artemidoro», *Il papiro*, p. 259 ss. e *ibid.*, Schiano, C., «I Geographoumena: struttura e stile», p. 123 ss.) considera que entre estos «predecesores» está incluido Artemidoro, lo que está lejos de ser evidente, ya que si Artemidoro es incluido entre los arcaicos, ¿qué decir, por ejemplo, de Polibio, que opinaba (III 37) que el sur de la actual Francia hasta los Pirineos estaba habitada por los Κελτοί, mientras que Iberia estaba circunscrita a la franja costera mediterránea desde Gibraltar? Frente a ellos, Estrabón sitúa οἱ δὲ νῦν que ponen el límite en los Pirineos y συνωνύμως τε τὴν αὐτὴν Ἰβηρίαν λέγουσι καὶ Ἰσπανίαν. Resulta evidente, y lo reconoce Canfora, que bajo estas palabras de Estrabón se trasluce otro autor, evidentemente el Artemidoro del «Fr. 21 Stiehle» forjado sobre Esteban de Bizancio, testimonio del que, atendiendo a la advertencia de Canfora, admitimos su calidad de simple traslado de Constantino Porfirogénito *De administrando imperio* 23.14. A este testimonio hay que añadir el del gramático Herodiano I 1.288, sobre el que Canfora pasa reiterativamente sobre ascuas renegando de la edición de Lentz («Why this papyrus cannot be Artemidorus», *The true history*, p. 95 = «Perché quel papiro non può essere Artemidoro», *Il papiro*, p. 242; e *ibid.*, «Dramatis personae», p. 3, «Il fantasma di Artemidoro», p. 39; también Schiano, C., *I Geographoumena: struttura e stile*, p. 107), aunque el pasaje contiene variantes noticiables. Hay que decir que en todos los testimonios, incluido P, aparece el adverbio συνωνύμως, salvo en el de Herodiano, circunstancia que Canfora explica porque el editor Lentz se lo *ha saltato*: la realidad es que el gramático no lo utiliza nunca. Para expresar la identificación entre Iberia e Hispania, todos utilizan las partículas τε καὶ, mientras que el texto de P col. IV 4-5 presenta συνωνύμως Ἰβ[η]ρία καὶ Ἰσπανία καλεῖται dentro del estilo casi ayuno de partículas propio de P.

Es el adverbio συνωνύμως el que nos interesa particularmente. Estrabón lo utiliza sólo tres veces en toda su obra y en III 4.19, como hemos dicho, para definir la identidad subyacente bajo los nombres «Iberia» e «Hispania». Pero ¿por qué pocas líneas más abajo introduce una curiosa variación «epexegetica» para decir que los romanos llaman a toda la región ὁμωνύμως Ἰβηρίαν τε καὶ Ἰσπανίαν? Tal vez hubiera un rechazo a usar un término demasiado exclusivo de una escuela, lo que también

podría aplicarse a la frase que hemos llamado «epexegetica» de Estrabón, en la que se sustituye συνωνύμως por ὁμωνύμως. Y es que en la utilización de este adverbio subyace un uso técnico estoico, coherente con lo detectado en las cols. I y II del Prólogo de P. Συνωνύμως y sus formas adjetivales y substantivadas procede de la reflexión lingüística y semántico-filosófica iniciada por Aristóteles, a partir de la cual los estoicos adoptan definiciones propias: συνώνυμα se aplica a nombres diferentes pero que designan un único referente, lo que es ejemplificado en *Stoic.* 2.45 con los nombres Πάρις καὶ Ἀλέξανδρος (obsérvese la falta de τε) que designan ὁ αὐτός. Von Arnim atribuye esta definición a Crisipo, posiblemente a partir de un tratado Περί σημαίνοντων. Pero parece que Cleantes, que en su *Himno a Zeus* 1.1 (Powell) llama al dios πολωνύμος (y cf. Eustacio in *D.P.* 81, donde se dice que Iberia e Hispania συνωνύμως καὶ πολωνύμως ἐλέγετο), considerándolo una entidad divina universal, también compuso un tratado Περί σημαίνοντων, al que en *Stoic.* 1.138 se atribuye un *Fr.* incluido en el tratado *De Musica* de Filodemo 142 (Delattre, París, 2007). En este pasaje se advierte una retorcida sintaxis y un léxico que recuerdan remotamente el prólogo de P: τοῦ [λό]γου τοῦ τῆς φιλοσοφίας ικανῶς μὲν ἐξαγγέλλειν δυναμένου τὰ θεῖα, etc. (cf. *infra* ικανόν en P col. V 26). No faltan en este papiro Herculense fuertes «hiperyotacismos», como ψειλοῦ por ψιλοῦ, que no desmerecen de los de P (p. ej. Λυσειτανία) y que tanto escandalizan a Canfora. Según el epicúreo Filodemo, fuente de este texto, no es fácil encontrar un pasaje καταγελαστότερον ‘más ridículo’ que este de Cleantes. Creemos, por lo tanto, que incluso en esta parte geográfico-descriptiva hay referencias a una terminología estoica y con cierto carácter técnico: dos nombres propios diferentes, Ἰβερία e Ἰσπανία, designan un único referente con una identidad casi filosófica, en una traslación exacta de la definición de *Stoic.* 2.45, posiblemente poco utilizada fuera de los contextos puramente filosóficos.

Progresando en el llamado *Fr.* 21 Stiehle y en P col. IV, encontramos Κ[α]ιτῆς Καρχηδόνος (Il. 9-10, con la olvidada variante Καιτῆς Καρχηδονίας del testimonio de Herodiano) y Καρχηδόνα τὴν Νέαυ en col. V 22 de P. Es de agradecer la nota de G. Carlucci a esta línea 22 (que se supone de la col. V, no puesta por escrito en «ΠΡΟΕΚΔΟΣΙΣ», *Il papiro*, pp. 154-155), pero habría que mejorar ese estudio en forma más ordenada, por lo menos cronológicamente. Dice también Carlucci que Apiano en *Iberica* 12 llama a Cartagena Σπαρταγενής, pero la cosa es más compleja: en este pasaje se dice que Aníbal, tras conquistar Sagunto, la renombra como Καρχηδῶν Σπαρταγενής. Se ha dicho que Apiano «confunde» Cartagena con Sagunto, pero la cosa se complica aún más cuando Ptolomeo II 6.63 menciona una Καρχηδῶν παλαιά en el territorio de los ilercaones en torno al delta del Ebro. Los nombres de *Nova Carthago* o Cartagena y de otras ciudades cartaginesas o cartaginesizadas son muy vacilantes, debido a la homonimia utilizada para nombrar ciudades por parte de los púnicos (Tsiolis, V., *La geografía antigua*, Madrid, 1997, p. 20), lo que incluso obliga a una explicación por parte de Polibio II 13.1 sobre la dualidad Καρχηδῶν

y Καινή πόλις. Por lo tanto, el que aparezca en un texto atribuido a Artemidoro un doblete que parcialmente coincide con Polibio no debe parecernos tan escandaloso.

Inmediatamente a continuación, en col. V 10, aparece el nombre de Cástulo, importante variante frente a las fuentes de *Fr.* 21 Stiehle. Asombrosamente, Canfora dedica a este dato escasa atención: no considera importante hacer ninguna referencia a ello en el aparato crítico de «An interim text», *The true history*, p. 195, ni en «ΠΡΟΕΚΔΟΣΙΣ», *Il papiro*, p. 150, despachándolo en escasas líneas («The many lives of fr. 21 Stiehle», *The true history*, pp. 82-83 = «Le molte vite del Fr. 21 di Artemidoro», *Il papiro*, pp. 237-238) como una *imprudenza*, una de las arriesgadas sobreactuaciones mediante las cuales Simonidis intentaría dar mayor «autenticidad» al texto que supuestamente recreaba. Por el contrario, creemos que la inclusión del nombre de Cástulo es fundamentalmente correcta y geográficamente significativa, pues Artemidoro (cf. *Fr.* 18 Stiehle) parece haber dado considerable importancia a esta ciudad. Particularmente interesante es la forma Καστολω[, cuyo único paralelo está en (dat.) Καστολῶνι de Apiano, *Iberica* 16, que se aparta de Καστάλων del *Fr.* 18 Stiehle y, sobre todo, de Καστουλών, transcripción del latín *Castulo* que se encuentra en Estrabón y Ptolomeo, supuestos modelos del «falsario», según Canfora.

Prosigamos con la lectura de P col. IV. El autor, buscando un equilibrio casi geométrico, considera que por ambos lados la cordillera pirenaica se adentra en el mar formando promontorios. En el caso del extremo mediterráneo, el promontorio (¿el cabo de Creus?), volviéndose hacia el sur, se inclina hacia ἡ]μετέραν ... χώραν (ll. 18-19), pudiéndose divisar desde allí parte de Iberia (ll. 26-27). Consideramos aquí demasiado expeditiva y poco estudiada la eliminación de χώραν y su substitución por un axiomático «*lege* θάλασσαν» (*Il papiro*: Carlucci, G., «Quando i Pirenei si inoltravano nell'Oceano», p. 300 y n. 2; la lectura χώραν de P es considerada *esilarante* por Canfora, «Il fantasma di Artemidoro», p. 30). Pero es que χώρα puede tener un valor indiferente a la oposición mar/tierra ya en Isócrates 5.112, donde la τῶν Ἑλλήνων χώρα tiene como ὄροι las Estelas de Heracles, por lo que hay que entender un significado general de 'ámbito' o 'región', en este caso de influencia helénica, idéntico a ἡ]μετέραν ... χώραν de P. Entendemos, pues, que la presencia de χώραν en col. IV 19 constituye una *lectio difficilior* frente a Marciano, *Peripl.* 6, que se muestra aquí más bien como enmendador banal de un texto anterior, en contra de la teoría inversa de Canfora, que considera que el «falsario» adapta a Marciano.

En el caso del extremo oeste de la cordillera Pirenaica, según col. IV 22 ss., ésta se adentra en el Océano extendiéndose hacia el norte κατὰ πολὺ y, al doblar su extremo hacia oriente, permite (l. 26) contemplar ἰκανόν 'bastante' de la Κελτική o la actual Francia. Canfora piensa que la descripción de tan exagerado promontorio occidental está tomada de los mapas decimonónicos de la edición de Müller de los *Geographi Graeci Minores*, París, 1855-1861, en los que de la parte peninsular del Golfo de Vizcaya surge un *robusto esperone* que se inclina hacia los Pirineos. Según

él, este pasaje confirma la falsificación porque, mientras que en lo que él llama epítome de Marciano a Artemidoro (Marcian., *Peripl.* 6) se dice simplemente que este «espolón» ‘está proyectado’ προβέβληται hacia el norte, en la línea 24 de P se añade κατὰ πολὺ, construcción adverbial que, según él, es de época tardía y bizantina (*Il papiro*, «La fortuna di poter contare sulla Geografia di Strabone», p. 287; «La chiave della falsificazione è nella colonna IV, nella V il disastro», p. 290 ss.; Carlucci, G., «Quando i Pirinei si inoltravano nell’Oceano», pp. 300-306).

Se ha dicho que tal promontorio es el que Estrabón y Ptolomeo llaman Οιάσσω, identificado con el cabo Higuier, ciertamente modesto en relación a otros del Cantábrico. Pero creemos que el conceder a este promontorio excesivas dimensiones obedecería al intento de representar convencionalmente rasgos que indicaban una particular relevancia, como ocurre por ejemplo con Cádiz, representada durante siglos como una isla desproporcionadamente grande y exenta, prácticamente en alta mar. Sin embargo, la situación de este promontorio se está revelando crucial para el tráfico naval que unía el vértice del Golfo de Vizcaya con el estuario de la Girona y la gran red fluvial del propio Garona y afluentes. Los hallazgos producidos últimamente en el estuario del Bidasoa en Irún muestran grandes y sofisticadas instalaciones portuarias adaptadas a la navegación oceánica, es decir, teniendo en cuenta las mareas y las imponentes borrascas. El cabo Higuier es modesto, pero debió constituir un peligro para los que intentaban cruzar la barra del Bidasoa, de lo que son testimonio numerosos restos encontrados en el mar en su punta mas extrema (cf. Urteaga, M. M. y Noain, M. J. [eds.], *Mar Exterior. El Occidente Atlántico en época romana*, Roma, CSIC, 2005). Por otro lado, por muy *stupefacente e insensato affermare* que parezca a Canfora, la orientación del cabo Higuier hacia Francia representa un excelente observatorio para divisar ἰκανόν ‘bastante’ de la Céltica o la Galia, para lo que nos permitimos aportar nuestro testimonio particular. En los años cuarenta del pasado siglo XX, era una excursión dominguera de las familias donostiarras acudir a Fuenterrabía y al cabo Higuier para «ver la Francia ocupada». Y todavía recuerdo, además de la gran playa de Hendaya, cubierta de estacas clavadas para repeler eventuales desembarcos aliados y los hoteles pintados de camuflaje, la gran línea de costa que se desvanecía hacia el norte.

La detallada descripción en P col. IV 24 ss. del extremo oceánico de la cordillera pirenaica es considerada por Canfora totalmente incongruente con el reconocimiento del autor de P de que la costa norte de la Península tras superar el Μέγας λιμήν, identificado con La Coruña (V 44-45), estaba inexplorado. Pero, como hemos dicho, es muy posible que la zona del estuario del Bidasoa, ese «pequeño Bósforo» que decía Baroja, alcanzado desde la Girona y la red fluvial del sur de Francia, pudiera haber sido conocida antes que el resto de la costa Cantábrica.

La mención del «Gran Puerto» noroccidental, nos lleva a la parte de la llamada «paraplus» (P col. V 16 ss.) en la que Canfora detecta grandes desequilibrios («La

fortuna di poter contare sulla Geografia di Strabone», *Il papiro*, pp. 286-289). Y, efectivamente, es llamativa la falta de poblaciones y de accidentes geográficos que desde nuestra perspectiva debieran estar consignadas en una descripción de la costa oriental de la Península, por muy defectuoso que sea el estado de P. En toda ella aparecen cuatro accidentes geográficos: el Cabo de Afrodita (¿Port Vendres < *Portus Veneris*?), el río Ebro, el Sukron o Júcar y Calpe, el Peñón de Gibraltar; contabiliza tres poblaciones: *Emporion*, *Tarraco*, y *Kaine Karchedon*. Hay que decir que todos los accidentes son relevantes y las ciudades, estratégicas para el mundo romano desde las Guerras Púnicas y civiles: de hecho, se ha insinuado que la ausencia de Denia o *Hemeroscopion* puede deberse a su postura favorable a los sertorianos, lo cual podría decirse en esta época (primer cuarto del I a. C.) también de Sagunto.

Frente a esta parquedad de topónimos, la costa sudoeste y oeste de la Península a partir del Peñón de Calpe o Gibraltar es descrita de forma diferente y más detenida. Ello puede deberse a las exigencias de la navegación oceánica y fluvial por los esteros de ríos considerables que exigen (cf. P. Sillières en *Mar Exterior*, ob. cit.) acogerse cada noche a puerto, para lo que sería evidentemente útil poder contar con un rotero que señalara instalaciones portuarias y torres sobre las que, entre otras funciones, se encendían hogueras que podían servir de faros. Hay que decir que Artemidoro era muy crítico con los que consideraba que utilizaban a la ligera la terminología, en este caso portuaria (*Fr.* 26 Stiehle y cf. *infra* en relación a πόλις). Así, critica a Eratóstenes, que decía que en Ibiza había un ναύσταθμος ‘gran dársena portuaria’, pero en realidad un fondeadero donde apenas se podía echar el ancla. En relación con ello es llamativa la mención en P col. V 28 del Μενεσθέως πύργος καὶ λιμὴν la ‘torre/faro y puerto de Menesteo’. Según Canfora («La fortuna di poter contare sulla Geografia di Strabone», *Il papiro*, p. 289) esta mención sería un resumen de Str. III 1.9, donde se cita primero el λιμὴν de Menesteo y, unas líneas más abajo, el μαντεῖον u oráculo de Menesteo (tal vez hoy El Puerto de Santa María y/o las extraordinarias ruinas de la ciudad, hoy en seco, de Doña Blanca en el estero del Guadalete). No vemos aquí que de la contracción de las líneas estrabonianas el falsario haya creado un *unico, inedito, toponimo*, sino que el importantísimo puerto de Menesteo, según P punto de referencia al mismo nivel que Cádiz en relación a los Pirineos (col. V 26-28), estaba dotado, además, de un πύργος con funciones de atalaya y faro «para salvación de los navegantes» como dice Estrabón inmediatamente del πύργος o «torre de Cepión» (de donde el nombre de Chipiona), considerado émulo del faro de Alejandría. La fórmula πύργος καὶ λιμὴν se repite en col. V 38 para señalar la población de los Σαλακεινοί, etnónimo de la ciudad de Salacia en la ría del Sado portugués. El que Salacia lleve el epíteto de *urbs imperatoria* en Plinio IV 116, provoca que Canfora («Per la storia del testo di Artemidoro», p. 74 n.) califique la mención de post-cesariana, cuando se refiere posiblemente al *imperium* proconsular (cf. García-Bellido, M. P. y Blázquez, C., *Diccionario de cecas y pueblos hispánicos*, Madrid,

2001, II, s.v. *Salacia*) otorgado a Pompeyo cuando la guerra sertoriana, época que, como ya hemos mencionado, parece traslucirse en otros pasajes de P.

Opina Canfora que la frase *πύργος καὶ λιμὴν* es una *espressione cristiana* («La chiave della falsificazione è nella colonna IV...», *Il papiro*, p. 298 y n. 36). Pero puede haber precedentes antiguos de «torres» situadas en el borrascoso Occidente oceánico: en Antímaco de Colofón (ed. Matthews), en el destrozado *Fr.* 115, donde se atisban unas «cantoras» *Hespér[ides]*, aparece *πύργων*, y en el *Fr.* 118 hay unas líneas bastante completas que hacen referencia a los peligros que corren los navegantes en el entorno de las Estelas o Columnas de Hércules. Lobel, en su comentario en la *editio princeps* de este texto (*POxy.* 2516.5), advierte que la línea 64 de Dionisio Periegeta puede estar inspirada de ese pasaje de Antímaco, lo que ha llevado a ver en este influyente poeta un precursor de la «literatura de periplos». Por otro lado, no es difícil de encontrar puertos provistos de torres en autores próximos a la época de Artemidoro, como Polibio, e incluso dotados de más de una, como en Siracusa según Diodoro Sículo XX 85.1. Por otro lado, desde muy pronto tanto *πύργος* (ya en Homero) como *λιμὴν* (Teognis) tienen usos figurados que junto con otros términos náuticos (la propia «nave», el «áncora», etc.), como es bien sabido, tendrán gran aceptación en los textos cristianos. No creemos, por lo tanto, que la fórmula *πύργος καὶ λιμὴν* sea creación decimonónica de un falsario que recurre al léxico de la patristica o de himnógrafos bizantinos.

A partir de col. V 31 comienza una serie de topónimos e hidrónimos particularmente interesante. Tras Onoba (Huelva) tenemos la primera sílaba de un topónimo que podría ser *Μα[ίνοβα]*, según conjetura Kramer, nombre que se encuentra en la secuencia de topónimos Asta, Nabrisa, Onoba, Osonoba, Mainoba y «muchas otras», situadas por Estrabón (III 2.5) entre el Cabo San Vicente y Gibraltar con la significativa observación de que se trata de ciudades de la Turdetania fundadas en los esteros de la gran red oceánico-fluvial formada por el Betis, el Anas y sus afluentes. Canfora, que da por firme la conjetura de B. Kramer, ve la inclusión de Mainoba en el sudoeste peninsular un *spiacevolissimo incidente* por parte del «falsario» («La fortuna di poter contare sulla Geografia di Strabone», *Il papiro*, pp. 287-288) ya que, aunque considera que se puede excusar a Estrabón la *perdonabile improprietà* de situar una Mainoba en el sudoeste de la Península, la «única» es la *Maenuba* registrada por Plinio III 8 y Mela II 94, a partir de los cuales es reconstruida en Ptolomeo, donde los manuscritos dicen *Μανοβα* (cf. García Alonso, J., *La Península Ibérica en la Geografía de Claudio Ptolomeo*, Vitoria, 2003, p. 41), situada en la región de Málaga junto a un río del mismo nombre (tal vez el Vélez). Sin embargo, hay también con el mismo hidrónimo un afluente navegable del Betis por la derecha, tal vez el Guadiamar, junto al cual bien pudiera haber estado situada la *Μαίνοβα* del texto de Estrabón (cf. *TIR* J-29, Sillières, P., *Les voies de communication dans les provinces occidentales de l'Empire Romain*, París, 1990, p. 708). La linearidad de la descripción y las distan-

cias pueden estar distorsionadas por los entrantes de los grandes esteros con costas y caudal oceánico-fluvial cambiante y en proceso de desecación.

Tras el topónimo que se esconde bajo Μα[aparecen en col. V 31-34 Ἴψα y Κιλίβη, únicos topónimos en P caracterizados como πόλεις, lo que llama lógicamente la atención de Canfora («Rilevamenti e misurazioni», *Il papiro*, p. 314). No sabemos por qué a estas poblaciones se les concede el marchamo de «ciudades», pero ello puede estar en la línea restrictiva que ya hemos recordado en relación con el léxico portuario: Artemidoro insistía en que autores como Eratóstenes o Polibio aplicaban con demasiada ligereza el término πόλις a cualquier aldea (*Fr.* 76-77 Stiehle). Lo que es todavía más extraordinario es que *Ipsa* y *Kilibe* pueden haber sido identificadas en época muy reciente (1987 y 1990) con IPSES y CILPES, leyendas en monedas (García-Bellido, M. P. y Blázquez, C., ob. cit., II, ss.vv.) descubiertas en el Algarbe portugués próximas a los esteros de Alvor y Silves en el entorno de Portimao. Silves (¿Cilpes, Κιλίβη?) está situada, como la propia Kramer señala («La Península Ibérica en la *Geografía* de Artemidoro de Éfeso», *La invención de una geografía de la Península Ibérica*, Madrid, 2006, n. 26), en el estero del río Arade, pero argumenta que es difícil que sea este río el documentado en P solamente como A[, conjeturando que debe ser el Anas (Guadiana), lo que es aceptado por Canfora.

Canfora realiza esfuerzos extremos para negar el peso de la evidencia de estos dos topónimos, que no pudieron haber sido conocidos por el «falsario». Para deshacer lo que él llama *castello di carta*, aduce en *The true history* la forma *Ipra* (Plin. III 10), intentando demostrar que el «omnisciente» Simonidis la habría adaptado en *Ipsa*. Esta forzada suposición es olvidada en *Il papiro*, donde recurre a *Ipsca*, conocida sólo epigráficamente, y que, según Canfora («Rilevamenti e misurazioni», pp. 315-316) podría haber sido exhumada por Simonidis de la *Hispania sagrada* de Flórez. Tanto una como otra se sitúan en la proximidad de Castro del Río (Córdoba). En relación con CILPES insinúa (ibid., n. 24) que *qualque audace* habría relacionado el topónimo con la leyenda monetaria GILI, también recogida en Flórez, E. *Monedas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España*, Madrid, 1757-1758, p. 447; pero esta leyenda pertenece a monedas de una zona aún más alejada, la Edetania, en el este peninsular. En cualquier caso, resulta estadísticamente casi imposible que Simonidis emparejara dos topónimos aparentemente próximos helenizándolos como Κιλίβη e Ἴψα y que, posteriormente, aparezcan independientemente otros dos topónimos relativamente próximos entre sí latinizados como CILPES e IPSES.

La latinización no es sólo una cuestión de transcripción, sino que también busca fundamentarse en «etimologías»: así, la región de los llamados κινήσιοι o κύνητες por Heródoto y Herodoro, Κωνητικόν en Esteban de Bizancio, es llamada «en lengua latina» Κούνεον según Str. III 1.4, porque al Algarbe y su prolongación hasta el promontorio Sagrado se le supone un parecido con una «cuña» (lat. *cunea*).

Esto viene a cuenta del famoso «río del Olvido» y su eventual versión en P V 42-43. En Str. III 3.4 puede leerse: «después de estos [ríos, el Tajo y el Duero] están ó τῆς Λήθης el [río] del Olvido, al que unos llaman Λιμαίαν y otros Βελιῶνα». Por su parte, a partir de su publicación en *Studii Classice* 37-39, 2001-2003, pp. 241-244, la Dra. Kramer, considera que el hidrónimo ó Βελιῶν en las líneas 40-42 debe leerse como Ὀβλιεύων, lo que llevaría a la interpretación lat. *Oblivio*. En relación con ello Canfora remite a la historia de las ediciones del texto estrabónico («Le chiave della falsificazione...», *Il papiro*, pp. 296-299), recordando como Xylander en su edición de Estrabón, de 1571, propuso sustituir Βελιῶνα por Ὀβλιουῶνα, lo que se divulgó a través de los comentarios en la edición de Casaubon, de donde Simonidis presuntamente lo habría adaptado. A ello hay que añadir la tradición latina, en la que los relatos del paso de este río por Décimo Bruto en su campaña contra los lusitanos y los *callaeci* tienen una repercusión casi épica, que proyecta sobre un hidrónimo indígena la *interpretatio latina*, *flumen Oblivionis*, ya desde Salustio. Por nuestra parte, creemos que en P col. V 40-42 hay tres nominativos: ὁ ποταμὸς ὁ Βελιῶν (que sería otra realización lingüística del Βελίον de Estrabón) καὶ Λήθης καὶ Λιμαίας προσαγορεύεται. Λήθης tiene una buena correspondencia en la transcripción al latín *Lethes* en Silio Itálico I 236, no citado por Canfora, y Λιμαίας es un correcto nominativo, con genitivo Λιμαίου en Ptolomeo 2.6.1. Aventuramos la opinión de que este río fronterizo era llamado Βελιῶν/Βελίον por los lusitanos (recordemos que según Artemidoro Fr. 31 Stiehle los *belitanos* eran los mismos que los lusitanos) pero, según el testimonio de Silio Itálico, entre los *grauii* o *grouii* (cf. O Grove en Pontevedra), que formaban parte de los *callaeci*, era llamado con otro(s) nombre(s), Λήθης y también Λιμαίας.

Queda decir algo respecto a las representaciones gráficas, extraordinarias, de P. En lo referente a los dibujos, si bien no somos expertos en el tema, sí como aficionados y *olim* practicantes de ese arte, ya desde la primera presentación de P habíamos manifestado nuestra sorpresa, ante la que llamamos «calidad pre-renacentista» de algunos de los diseños. Sin embargo, pensamos que entre ellos hay diferentes manos y algunas peores que otras. Vemos difícil que estén sistemáticamente relacionados con el texto, como opina S. Micunco, «Le figure di animali sul verso del Papiro di Artemidoro», *Il papiro*, pp. 180-206.

Es el mapa el que ha suscitado mayor expectación y, curiosamente, el virulento rechazo de Canfora (*measley, ultra-selective periplus of Spain* en «The many lives of fr. 21 of Artemidorus», *The true history*, p. 60) ante la posibilidad de que en él esté representada la Península Ibérica o parte de ella. Pero ya desde Hecateo las descripciones geográficas han tendido a hacerse en sentido de las manecillas del reloj de Oeste a Este, lo que puede haber obligado en muchos casos a que el principio de una obra geográfica coincida físicamente con la descripción de la Península Ibérica. Si anejo al texto aparece un mapa, es verosímil pensar (y no todos lo han hecho así,

cf. Moret, P., *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 33, 1, pp. 350-354) que pueda referirse a la Península Ibérica. Canfora no sólo se resiste a la posibilidad de que el mapa sea de la Península o de una parte de ella, sino que, muy influenciado por Prontera, considera un *colossale anacronismo* la aparición de un «mapa regional» antes de Ptolomeo. Sin embargo, la última parte del prólogo de P, col. II 3 ss., y la referencia al curioso κύτος de χῶραι definidas, nos hace pensar que puede haber una correspondencia entre el prólogo y el mapa. Desde nuestro punto de vista, éste bien pudiera no representar ningún lugar en particular, sino constituir un ejemplo o muestra de cómo debiera ser una carta geográfica en la que se simbolizan no sólo vías terrestres o acuáticas, sino diferentes tipos de construcciones y agrupaciones urbanas. No nos vale para esto la comparación que Canfora («La chiave della falsificazione...», *Il papiro*, p. 294) hace con los diseños de los manuscritos de la British Library, Add. 19391, f.21 y Athos, Vatopedi 655, f.34 (figs. 4 y 5 en *Il papiro*) porque la calidad del diseño de P es incomparablemente mejor.

Como resumen, pensamos que en P hay un texto antiguo, asignado a Artemidoro por ciertos testimonios. En él, además de una descripción sucinta de costas y ciudades de la Península Ibérica, se trasluce una posición «teórica» influenciada por el movimiento estoico, muy concretamente por sus formas más religiosas tal como se detectan en los textos de Cleantes, lo que sitúa al autor cronológica e ideológicamente próximo a otros como Polibio y Posidonio. A este efecto, los trabajos de Canfora y sus colaboradores, al no profundizar en la tradición anterior al texto, se quedan en una esforzada tarea que revela el gran peso de la tradición estoica y helenística en el mundo cristiano, bizantino, con algún curioso y fraudulento ramal que llega hasta el XIX. Sin embargo, algo muy importante se ha ganado con esta fuerte diatriba: el poner sobre el tapete la necesidad de una reevaluación de los *testimonia* que nos quedan de Artemidoro y, también, suscitar la cuestión de quién fue realmente Artemidoro y cuál su influjo en la tradición geográfica posterior.

ELVIRA GANGUTIA ELÍCEGUI
CSIC

[edición electrónica, addenda 15/07/2010]

Puede consultar comentarios sobre esta nota en:

Canfora, L. 2010: «Chiarimento sul fr. 21 Stiehle e sue conseguenze», *Emerita* LXXX 1, pp. 129-135

Gangutia, E. 2010: «Puntualización de la Profesora Gangutia», *Emerita* LXXX 1, p. 131